

Orfanato

J. C. León

# ORFANATO



Una obra de

**J.C. LEÓN**

## Capítulo 1

—¿Todos listos? —Asintieron—. Muy bien. Activa la grabación de la cámara. Vamos a empezar ya.

El cámara pulsó el botón de la grabadora y le levantó el pulgar indicando que todo estaba correcto. El presentador del programa se preparó brevemente y sus dos compañeros lo miraron dándole ánimos.

—Bienvenidos de nuevo un día más. Yo soy Thomas, y en este caso nos acompañan, como siempre —dijo esto señalando a cada uno—, John, nuestro cámara, y Sarah, nuestra experta en tecnología. También, en este caso, nos acompañará Karl, el guardia de seguridad de este tenebroso lugar.

Se encontraban a la entrada de un orfanato abandonado muy al norte de Noruega. Habían decidido ir al anochecer, ya que los programas de terror vendían más si se encontraban completamente a oscuras. La temperatura iba, minuto a minuto, bajando drásticamente, pero iban bien abrigados. El edificio, perdido en mitad de un valle rodeado de árboles y de nieve en la mayoría de etapas del año, había sido construido a finales del año 1918, justo después de que finalizara la 1ª Guerra Mundial. Parecía un orfanato como otro cualquiera, sin embargo, tenía algo especial.

El grupo, que había grabado la primera toma bastante alejado del orfanato para que los espectadores pudiesen apreciar el entorno, se dirigió a la puerta delantera del mismo, en la que se veían agujeros por todas partes debido a la lluvia y al paso del tiempo. Cada ventana estaba fuertemente reforzada con barrotes de hierro. Las paredes, de un color blanco tirando a gris, sorprendentemente, no estaban pintarrajeadas ni grafiteadas, probablemente debido a que el edificio se encontraba a cincuenta kilómetros del pueblo más cercano y poca gente se atrevía a andar por aquellos bosques.

Thomas pronunció de nuevo la misma pregunta y John, tras darle unas indicaciones de colocación, le volvió a hacer el mismo gesto con su dedo pulgar. Esta vez no estaba solo Thomas en el plano, sino que estaba junto a Karl. Comenzó la grabación.

—Hola Karl. Usted ha sido guardia de seguridad de este recinto durante unos veinte años —comenzó diciendo Thomas.

—Veintiséis, en concreto —corrigió Karl.

—Bien. Como ya sabe, nosotros nos dedicamos a la captación en vivo de cualquier tipo de fenómeno paranormal en lugares, en cierta manera, perturbadores como este. —Hizo una breve pausa—. Cuéntenos Karl.

¿Qué tiene de especial este lugar?

—Para empezar, como bien sabéis, este orfanato se construyó a finales de la 1ª Guerra Mundial con el objetivo de facilitar una educación y una «buena vida» a los niños huérfanos cuyos padres habían fallecido a causa de la Gran Guerra. Es por esto que tenía toda una zona habilitada con camas para que los niños pudieran hacer vida lo más normal posible.

—Interesante Karl. Pero..., vayamos a lo que realmente hemos venido —dijo Thomas en tono serio—. En tus veintiséis años custodiando este lugar, ¿has llegado a experimentar algún tipo de experiencia sobrenatural por muy débil que fuese?

—Si es verdad que he llegado a escuchar pasos, ver movimiento en el bosque, escuchar gritos y más cosas. Sin embargo, como veis —dijo Karl mirando y señalando al bosque—, estamos en plena naturaleza, por lo que siempre lo he atribuido a los animales.

—Entonces..., ¿nunca has llegado a ver claramente algún ente ni nada que se le parezca? —preguntó Thomas con la esperanza de que la respuesta fuese afirmativa.

—En ningún momento —negó Karl.

Seguidamente, Thomas dio la orden de cortar la grabación y de prepararse para entrar en el lugar. La puerta estaba entreabierta, por lo que no habría muchos problemas a la hora de adentrarse en el tétrico edificio.

—¿El edificio es seguro? —preguntó Sarah a Karl.

—Sí, totalmente. Solo hay una parte a la que no podréis acceder, la enfermería. Se derrumbó hace un par de años.

—Perfecto —contestó Sarah y se dirigió a John—. Grábame unas cuantas tomas para explicar para qué vamos a utilizar cada aparato que traemos.

Sarah se puso frente a la cámara y empezó a explicar con todo detalle cómo era cada aparato y para qué lo usarían. Entre ellos había una grabadora —para la captación de psicofonías—, un termómetro —para medir las bajadas de temperatura—, una cámara térmica de infrarrojos —para ver todo tipo de cuerpos calientes— y otros aparatos menos importantes, además de todo el equipo de grabación: varias videocámaras, focos, baterías, etc.

Mientras tanto, Thomas inspeccionaba la entrada junto a Karl. Nada más entrar se podía apreciar un largo y ancho pasillo en cuyas paredes se veían las puertas que daban paso a las distintas aulas. El edificio llevaba

en ruinas bastante tiempo. Por ello, la higiene del lugar brillaba por su ausencia. El suelo estaba lleno de porquería: material escolar destrozado, juguetes rotos, excrementos de animales, arbustos que emergían de las grietas del suelo..., e incluso alguna que otra rata se veía corretear de una clase a otra. El edificio no era para nada amigable. Todo esto a Karl no le parecía afectar, algo comprensible tras el largo tiempo que había pasado observando este lugar.

—Entonces Karl, ¿usted se queda con nosotros? —preguntó Thomas.

—No. Estaré dando un rodeo para ver que no haya nadie por la zona y me iré cuando termine mi jornada laboral dentro de una hora. A las seis de la mañana volveré para ver qué tal os ha ido. De todas formas, si necesitáis algo o tenéis cualquier tipo de problema no tenéis más que llamarme.

—Está bien.

Thomas tenía muchas ganas de comenzar y de recorrer cada recoveco del edificio, pero prefirió esperar a sus compañeros y no hacer ninguna tontería. Así que estuvo observando nerviosamente a Sarah y John con el deseo de que acabaran cuanto antes. Quería *encerrarse* en ese lugar. «Algo vamos a ver», pensaba continuamente animándose a sí mismo.

Tras una hora, al fin, terminaron y pudieron entrar todos en el orfanato. La noche había caído por completo y Karl se había despedido con un simple: «Buena suerte chicos». Thomas no podía estar más contento. «Allá vamos».

## Capítulo 2

Tras grabar una toma en la que se veía a Karl cerrando la puerta, los tres chicos anduvieron a lo largo del ancho pasillo. No tenían una idea preconcebida de en qué lugar instalar todo el equipo, algo así como el punto de encuentro durante la noche.

—John, saca el plano del edificio —dijo Thomas con nerviosismo apuntando con su linterna a la cara de John, cegándolo por completo.

—No me apuntes inútil. Sarah, coge la cámara un momento. —Thomas dejó de *encañonarlo* con su linterna y John, tras parpadear unas cuantas veces y pasarle su cámara a Sarah, lo sacó de su mochila y, seguidamente, lo desdobló. Era una única hoja de unos 60X40 centímetros en cuya esquina superior izquierda se podía leer, escrito a mano, «13-06-1919»—. Aquí están. El ayuntamiento me facilitó una fotocopia de los planos. Sin embargo, como podéis ver, llevan alrededor de cien años desactualizados —continuó John, señalando con el dedo la fecha.

—No creo que haya habido ninguna reforma desde entonces —añadió Sarah.

En el plano se podía ver el orfanato al completo. Era un edificio de una sola planta y bastante bien diseñado, teniendo en cuenta la rapidez con la que se construyó. Su superficie era de una hectárea y media aproximadamente, concienzudamente repartida en distintas zonas.

El primer edificio —el más grande, y por el que habían entrado— conformaba todo la parte *pedagógica* del orfanato. Tras la deteriorada y putrefacta puerta principal se podían distinguir tres grandes y largos pasillos, siendo el de en medio de una anchura mayor a los dos laterales. Estos tres estaban separados por las aulas en las cuales se habían impartido clases hace cosa de un siglo. A lo largo del pasillo lateral izquierdo se distinguían perfectamente múltiples estancias que repartían los distintos despachos de los profesores. Cada pasillo terminaba en una puerta que daba paso a una escalera por la que se bajaba al patio central, que estaba a menor altura.

Desde el patio —presidido, en el centro, por una pequeña fuente que a su lado tenía un pozo— se podían distinguir tres zonas. La primera, a la izquierda, estaba conformada por una construcción dividida en numerosas habitaciones, donde dormía todo el personal que se encargaba del correcto funcionamiento del orfanato: profesores, limpiadores, cocineros, seguridad, etc. La segunda, en el frente, formada por dos edificios colindantes, siendo el de la izquierda de una única estancia dedicada a la pernoctación de los huérfanos, y el de la derecha —la enfermería— de una

superficie considerablemente menor, y cuya parte trasera daba a un pequeño almacén subterráneo. La tercera, a la derecha, contenía los baños —diferenciados entre chicos y chicas— y un gran comedor.

Todo el orfanato estaba rodeado por una doble valla y, en sus cuatro esquinas, se apreciaban cuatro torres empleadas entonces, probablemente, para la seguridad y el cuidado de los alimentos y otros productos almacenados dentro del orfanato, ya que se llevaban a cabo muchos robos a *lugares educativos* tras la crisis de la Gran Guerra. Por último, a unos cincuenta metros detrás del dormitorio de los huérfanos se apreciaba un pequeño recuadro en el que, escrito a máquina, se podía leer «CENTRAL ELÉCTRICA».

Tras estar observando los planos con detenimiento durante largo rato —y tras varias vacilaciones—, Sarah le devolvió la cámara a John y articuló la primera oración.

—Según Karl, la enfermería sufrió un derrumbe hace dos años. No podremos instalarnos allí.

«Mierda», pensó Thomas. «Tenía ganas de ver qué restos quedan en viejo almacén».

Sarah era una chica joven de veintitrés años y metro setenta. Su pelo era castaño oscuro y, la mayor parte del tiempo, lo llevaba recogido. Esto contrastaba con el fuerte tono azulado que contenían sus ojos. Se podría decir que tenía apariencia de *niña buena* y, en efecto, así era: empática, trabajadora y siempre llevando por bandera el compañerismo. Era ambiciosa, pero no tanto como Thomas. No era capaz de llegar al egoísmo. Era una *bestia* en lo que se propusiese. En este caso, a la captación de cualquier fenómeno paranormal que surgiera a su alrededor. Esto último, a sus padres no les había hecho demasiada gracia..., habrían preferido algo más solicitado como medicina, pero Sarah era suficientemente independiente como para no dejarse guiar por los gustos de sus padres.

Thomas, que ya hacía dúo con John desde hace unos años, había contactado con ella tras ver su impecable *currículum*: experta en tecnología audiovisual y varios estudios de parapsicología. Thomas y John eran unos apasionados de lo paranormal. Habían coincidido en la misma clase de universidad y, debido a sus —casi idénticos— gustos, era prácticamente inevitable que entablaran una conversación y que forjaran una fuerte amistad. Eran, hasta cierto punto, inseparables. Aunque, comparando sus actitudes, Thomas contaba con un fuerte carisma y una gran capacidad para el liderazgo.

Entre los tres formaban un efectivo grupo. No necesitaban a nadie más. Muchos *buscadores de lo paranormal* preferían contar con un médium o

clarividente que hiciese todo más visual y espectacular para el espectador. Sin embargo, todo esto para ellos era engañar a los espectadores. *Inútil*, en una palabra. En realidad, ellos hacían esto por pura pasión y querían comprobar de primera mano si los fenómenos paranormales existían o no. Thomas estaba obsesionado con ello. Era una persona demasiado ambiciosa.

—¿Cómo veis los despachos? Son pequeños, pero será más fácil organizarnos —dijo tímidamente John.

—Lo veo bien —contestó Thomas, lo que significaba la afirmativa de Sarah automáticamente.

John volvió a doblar los planos y a meterlos en su mochila. Los tres se dirigieron a los despachos. Cada uno estaba distinguido con una placa dorada en la que constaba el nombre de su poseedor: «Kari», «Eva», «Terje», «Hans», etc. Decidieron *alojarse* en el último de ellos, el último al final del pasillo: «Regissør Aleksander», es decir, director Aleksander. «El puto director de este jodido sitio», pensó Thomas.

Se pararon frente a la puerta. Esta estaba entreabierta y, a diferencia de las demás, era de metal y no tenía ningún cristal por el que ver el interior. La pared de la habitación estaba pintada, al igual que las de todo el edificio, de un blanco ya sucio con una franja de color verde en su parte inferior, lo que hacía que las plantas y arbustos que habían invadido toda la construcción se camuflasen a la perfección.

Thomas estaba decidido..., así que abrió la puerta rápidamente y sin vacilaciones, lo que originó un chirrido de lo más irritante que se propagó como un grito por todo el pasillo hasta escapar por la puerta. John —casi olvidándose de que sostenía una cámara alquilada a la universidad— y Sarah se habían tenido que tapar los oídos; al contrario de Thomas, que parecía ni haberlo percibido.

—Preparémoslo todo —ordenó Thomas. «Va a ser *la* noche».

## Capítulo 3

El despacho del director Aleksander parecía no haber sido afectado por el tiempo en absoluto. «¿Los años no pasan por aquí o qué?», pensaba John. Era una habitación pequeña con un largo escritorio de un tono marrón claro, debido a su construcción a base de madera de fresno, muy común en Noruega. La tabla superior estaba sostenida por dos cajoneras con un espacio entre ellas: lo suficientemente ancho como para que cupieran las piernas. La silla no se encontraba allí. El suelo —de un mármol muy desgastado— hacía perfecto conjunto con el color amarillo pálido que caracterizaba las cuatro paredes.

A otro lado de la estancia, un mueble bar de bellísimos remates sostenido por cuatro patas conjuntaba a la perfección con el escritorio, puesto que había sido fabricado con una idéntica materia prima: la madera de fresno. Su altura —igual a la de una persona común— y sus dos grandes cristales dejaban entrever varias botellas vacías de cristal. Por lo que se leía en algunas de las etiquetas, Aleksander era un entusiasta del Akevitt —o Aquavit—, una bebida alcohólica tremendamente popular en los países escandinavos.

—Hum... Vale —dijo Thomas titubeando—. Sarah, ve sacando tus juguetes. Y tú, John, instala el sistema eléctrico.

Asumieron las órdenes de Thomas sin replicar y se pusieron manos a la obra. En primer lugar, John sacó de su abultada mochila una gran batería eléctrica de camión —que les suministraría de sobra corriente eléctrica durante toda la noche— y la colocó cuidadosamente en el suelo, a poca distancia del escritorio. Seguidamente, alargó su brazo y removió varias cosas de su mochila hasta extraer un transformador —no muy grande— con el que podrían adaptar el voltaje de la corriente eléctrica. Conectó los cables cautelosamente a los polos positivo y negativo de la batería e, inmediatamente, conectó una regleta con múltiples enchufes.

—*Et voilà!* —Conectó un foco a uno de los enchufes y, tras pulsar su interruptor, la habitación quedó completamente iluminada y todos pudieron apagar sus linternas—. ¡Y se hizo la luz!

—Bien hecho Johnny —felicitó Thomas. A veces le gustaba llamarle así, le resultaba más cercano. En ocasiones, John —o Johnny— a él lo llamaba Tommy. Le gustaba bastante, aunque nunca lo expresaba.

Una vez pudieron contar con electricidad, Sarah puso las dos mochilas con las que había estado cargando sobre la mesa. Abrió la cremallera de la primera de ellas y sacó dos ordenadores portátiles, los cuales colocó uno al lado del otro. De la misma mochila extrajo también una pantalla vertical más grande que la de los portátiles y la conectó a uno de ellos. Asimismo,

sacó los cargadores, para usarlos en el caso de que se quedaran sin batería.

Sarah cogió la mochila vacía y la tiró al suelo. Posteriormente, abrió la cremallera de la segunda mochila, en la que se encontraban los *captadores*, como los llamaba ella. Los fue sacando de uno en uno y pronunciando sus nombres: «Dos grabadoras de voz, una cámara térmica, varios detectores sonoros de movimiento, un medidor de campo electromagnético y una cámara de espectro completo. Perfecto...; está todo». Esta última era su aparato preferido; con ella podía ver lo que los ojos humanos a simple vista no pueden percibir. Se sentía poderosa con ella en sus manos.

Thomas repitió los movimientos de Sarah y colocó su mochila en el escritorio una vez que Sarah había reorganizado sus *captadores*. Sus ojos marrones se quedaron fijos en la puerta durante unos segundos y, tras esto, volvió a concentrarse y abrió su mochila.

—¿Quién tiene hambre? —preguntó con una sonrisa, sosteniendo en la mano un sándwich envuelto en papel de aluminio. Se le hacía la boca agua.

—Yo —contestó John levantando el dedo.

—Igualmente —dijo Sarah, repitiendo el mismo movimiento de John.

Thomas sacó dos sándwiches más y los repartió. Los tres se sentaron juntos en el suelo, apoyándose en la pared, y retiraron el envoltorio ansiosamente.

—Este es vegetal. Toma Sarah. —Los dos intercambiaron la comida. Sarah era vegetariana; siempre había estado muy concienciada con la explotación de los animales para el consumo humano, aunque tampoco era tan radical como otras personas. Lo hacía por simple paz consigo misma.

—De pollo —dijo Thomas. Nada más observar que el sándwich le correspondía a él, le hincó el diente sin contemplaciones.

—Tommy, ¿crees que veremos algo? —dijo John. Era un tipo bastante escéptico. En ninguna de las investigaciones que había llevado a cabo con Thomas habían visto algo. Ni un ápice sobrenatural. «Esto es imposible», pensaba siempre.

—Johnny..., estamos más cerca que nunca. Mucho más cerca de lo que crees. Tengo un presentimiento —añadió Thomas, mientras disfrutaba de su sándwich con los ojos cerrados. En su cara se dibujó una sonrisa. Abrió

los ojos y miró a Sarah—. ¿Funciona todo bien?

—Todavía no lo he comprobado, pero antes de venir, en el hotel, me cercioré de que todo estaba en orden.

—Está bien.

La noche no estaba siendo tan fría como de costumbre. Unos veinte grados centígrados, John lo había comprobado en su teléfono móvil. El aire estaba en calma, no hacía ni pizca de viento.

No tardaron mucho en terminar de comer. Tras ello, se pusieron en pie y se prepararon. «Va a ser una larga noche».

—En media hora iremos a colocarlo todos —dijo Thomas—. Yo voy a ir a fumarme un cigarrillo al patio... ¿Alguien se viene?

Sarah y John negaron con la cabeza y, seguidamente, se pusieron a comprobar todo el material.

Thomas se dirigió hacia la puerta y la abrió lentamente. Salió del despacho del *puto director* y caminó lentamente hacia la deteriorada puerta de metal —pintada de verde— que daba paso al patio. A cada paso que daba, algo crujía bajo sus pies. «Porquería», pensó. Una vez a la intemperie, sacó pausadamente un paquete de cigarrillos Prince que había comprado en una pequeña tienda cerca del aeropuerto. En ella se podía leer «Røyking dreper» —fumar mata—. A Thomas no le importaba demasiado. En general, a cualquier chaval de veinticuatro años el tabaco le parecía inocuo.

Tommy rompió una de las esquinas de la cajetilla, le dio la vuelta y la sacudió para que pudiera caer el cigarrillo. Cuando hubo salido la mitad de él, lo sostuvo con su pulgar y se lo llevó a la boca, remojándose antes los labios con saliva. Guardó la cajetilla en su bolsillo derecho y, en seguida, sacó de su otro bolsillo un encendedor Zippo con el que encendió su cigarrillo. Inhaló el humo fuertemente y lo exhaló.

La noche estaba excesivamente oscura y una intensa bruma no dejaba entrever apenas el lado opuesto del patio. El intenso color naranja incandescente de la punta del cigarrillo era lo único que alguien podría distinguir en aquel nebuloso lugar.

«Averiguaré lo que escondes», pensaba Tommy constantemente. «No ocurrirá como otras veces... Manos a la obra»; y se dirigió de nuevo a las dependencias del Sr. Aleksander, el *regissør*.

## Capítulo 4

Tommy llegó rápido al *punto de encuentro*, con ganas de comerse el mundo. Sarah y John se encontraban ya preparados. «No hay vuelta atrás», pensó Thomas.

—¿Dónde has dejado los micrófonos? —preguntó a John.

—Ahí —dijo señalando con su dedo índice una parte de la mesa, justo al lado de los ordenadores portátiles.

Thomas se acercó y cogió uno de ellos. Era un micrófono pequeño e inalámbrico de solapa. No tenía mucho alcance, pero el dinero no les había alcanzado para algo de mayor calidad. Se lo colocó en el cuello de su camiseta blanca y pulsó el botón que lo sincronizaba directamente con la cámara. Casi al mismo tiempo, le dio unos golpecitos para comprobar que funcionaban correctamente. John, al ver en la pantalla de su cámara que el sonido llegaba apropiadamente, le hizo un gesto afirmativo con su pulgar.

—Vamos al patio, grabaremos allí —dijo Thomas.

Los tres se encaminaron al patio y encendieron sus linternas. Bajando la pequeña escalera, John tropezó y por poco no tuvo que comprarle una videocámara nueva a la universidad. «Gilipollas», pensó Thomas.

—Chicos..., ¿qué os parece si grabamos con la fuente de fondo? —dijo Sarah, que tenía una gran habilidad para que las tomas salieran lo más tétricas posibles.

—Bien visto —contestó John, queriéndose olvidar de su casi caída.

Avanzaron unos treinta metros hasta alcanzar la fuente. Thomas se acercó a ella. Era una fuente circular de dos niveles concéntricos, ambos hasta los topes de un agua turbia en la que había sucedido el fenómeno de la generación espontánea: cientos, miles de putrefactos gusanitos nadaban en un agua apestosa sin preocupaciones, como si nada ocurriera. Thomas miró a John.

—¿Preparado? —preguntó, al mismo tiempo que se mojaba los labios con la lengua.

—Siempre —contestó John.

Tras recibir una señal de Thomas, apretó el botón trasero de la cámara que activaba la grabación. Una luz roja se encendió al lado del objetivo.

Thomas supo que la grabación había comenzado.

—Hola de nuevo —dijo mirando fijamente a la cámara, con confianza—. Hace aproximadamente media hora hemos terminado de instalarnos en una de las habitaciones de este orfanato, en la que pasaremos toda la noche controlando cualquier movimiento o sonido que capten nuestros aparatos. Ahora mismo, nos encontramos en el patio y, como podéis ver, la visibilidad es casi nula. —Hizo un gesto con las manos para que los espectadores apreciaran la niebla—.

»Aunque no lo podáis ver, el patio se encuentra totalmente cerrado por varias construcciones. A mi lado derecho y mitad del trasero se encuentran los dormitorios, tanto de los huérfanos como del personal. Al otro lado trasero, se ubica la antigua enfermería. Sé que os encantaría verla pero, según Karl, un derrumbe la destruyó por completo hace un par de años. A mi lado izquierdo, se hallan los baños y el comedor. Por último, enfrente de mí se localiza el colegio del orfanato, por el que hemos entrado y donde hemos preferido pasar la noche por múltiples motivos.

»Ahora, nos dirigiremos edificio por edificio, habitación por habitación, colocando todos nuestros aparatos con la ayuda de nuestra experta, Sarah. Además, según fuentes fiables con las que hemos contactado previamente, nos consta que en este lugar fallecieron multitud de niños en extrañas circunstancias. —Por supuesto, esto era totalmente falso, no habían contactado con ninguna fuente. Era paradójico: esto a Thomas no le parecía un engaño a los espectadores—. ¿Contactarán con nosotros? ¿Captaremos algo? —preguntó con un tono que envolvía a la perfección al espectador en la escena—. Nosotros creemos que sí. Ustedes, solo tienen que quedarse para comprobarlo. —Hizo un gesto con la mano a John para que cortara.

—Ya está —dijo John tras finalizar la grabación.

—A la primera eh —dijo Sarah riendo tímidamente a Thomas.

—Pura suerte. —Thomas le devolvió unas carcajadas.

La neblina había desaparecido casi por completo cuando terminaron de filmar. Era como si algo hubiese *ahuyentado* a la niebla. «Casualidad», pensó Sarah, mientras se agachaba para coger la pesada mochila que había dejado en el suelo, y en la que estaban todos sus juguetes, sus preciados *captadores*.

—Mirad chicos —dijo John señalando al edificio que, según los planos, debía ser la enfermería.

John no obtuvo una respuesta inmediata. La poca luz que ofrecía su linterna le permitía ver el edificio —un poco más alto que el de su

izquierda—, el cual parecía estar en el mismo estado que los de su alrededor. «¿Qué puto derrumbe? Al jodido edificio no le ha pasado nada», pensó John. La fachada había sido —por lo que se veía, hacía muchísimo tiempo— de un color blanco, que ahora se combinaba con una plaga de humedades, musgo y moho. La lluvia había causado bastantes estragos a todo el orfanato. En el centro, una doble puerta de metal oxidado parecía sostener unas letras en noruego pintadas de rojo: «Sykepleie» —enfermería—.

Pasaron bastantes segundos hasta que Sarah se dispuso a continuar el diálogo.

—Pe..., pero Karl me había dicho que la enfermería quedó inexplorable debido a un derrumbe —dijo con la voz entrecortada por el asombro.

—Bah, no deberíamos haber echado cuenta a ese viejo loco —dijo Thomas con desdén.

—Lo necesitábamos para la introducción —replicó John.

—Ya..., ya. De todas formas, veintitantos años trabajando solo aquí no puede hacer ningún bien a la cabeza. ¿No?

—Ninguno.

—Bueno, mejor para nosotros. Otro lugar para colocar uno de mis juguetes —dijo Sarah sin tanto asombro, sonriendo tras escuchar a Thomas.

—En fin, coloquemos tus juguetes. —Thomas se giró en dirección al edificio en el que, arriba de la puerta, en las mismas condiciones que las de la enfermería, estaba pintado en blanco sobre negro «Personalet soverom. Autoriserte personer bare»—. Dormitorios de personal... Solo personas a..., acordadas. ¿Correcto? —continuó Thomas pronunciando las palabras lentamente.

—Autorizadas. Veo que sabes algo de noruego —dijo Sarah siguiendo sus pasos.

—Solo un poco, lo básico —dijo Thomas girando la cabeza hacia ella.

John, sin percatarse, se había quedado absorto mirando la enfermería. Algo lo atraía, lo *llamaba*.

—¡Johnny! ¿Qué coño haces? Vamos. —Thomas hizo un gesto con la mano, moviéndola hacia sí mismo.

—Eh —balbuceó John y, seguidamente, se frotó los ojos. Por un momento había visto a Tommy y Sarah con la cara deforme, con tumores. «Tonterías»—. ¡Voy, voy!

John caminó torpemente hacia los dos y no deseó pronunciar palabra sobre lo que le había ocurrido.

—¿Has visto algo Johnny?

—No... Bueno..., nada, nada.

—Estás loco. Bueno, vamos a colocarlo todo rápido, no queremos que se nos haga de día —dijo Thomas.

Era junio y, en Noruega, amanecía exageradamente pronto en comparación con el resto de países europeos. Allá por las cuatro de la madrugada ya se podían distinguir los primeros destellos del sol en el horizonte.

Tras la *orden* de Tommy, fue él el primero en aventurarse a atravesar la robusta puerta. Sin ninguna dubitación, Sarah y John siguieron sus pasos.